

¿Qué pasa con la vieja Alameda?

Por Juan Antonio Padrón Albornoz

A la entrada de Santa Cruz, ordenada, la verde cofradía de los laureles de la Alameda, pone su nota, viva y destacada, sobre un fondo de ciudad y montañas.

De lejos le llega ya el rumor y hervor de la mar que, en la playa antes cercana, ponía su canción constante. Hoy, domesticada, convertida en mar de puerto, pone en las viejas escaleras de la "marquesina" aquel su mismo jugar de antaño, aquel su romper en blanca espuma.

181 años de la historia de Santa Cruz se cobijan hoy a la sombra de los viejos y siempre verdes laureles, hijos o nietos de aquellos primeros que--a bordo del bergantín redondo "El Guancho"--trajo el capitán Seris de La Habana española.

Hoy la centenaria Alameda del Muelle--o de la Marina, que también así se la llamaba--nada recuerda a aquel su primitivo trazado. Su historia comienza cuando, en el reinado de Carlos III, el entonces comandante general del Archipiélago, marqués de Branciforte, sugirió la idea que, aceptada, se llevó de inmediato a la práctica y a expensas de los vecinos de Santa Cruz.

Dos lápidas de mármol daban fe y paso a la historia: "Ha sido costeadada por la generosidad de las personas distinguidas de este vecindario, movidas del buen gusto y deseos de reunir su sociedad en tan propio recreo. Y estimuladas de la eficacia con que se dedica y contribuye el citado señor Comandante General a la hermosura, adelantamiento y mejora de la Plaza y Población".

El paseo, "de ochenta varas de largo", tenía en su entrada un sencillo frente que, formado por tres arcos, estaba rematado por las armas reales y, a cada lado, estatuas de mármol que simbolizaban la primavera y el verano.

La Alameda estaba formada por tres calles que, bordeadas de plátanos del Líbano y tamarindos, estaban cubiertas por un "abundoso follaje y libran de los ardorosos rayos del sol canicular a los paseantes. Es deliciosísimo en los días más ardientes del estío pasear de dos a cuatro de la tarde en este sitio".

La misma fuente que hoy duermo a la sombra verde de los lau-

reles adornaba ya el grato recinto. Hoy pasamos por ella sin apenas prestar atención a lo que, en un entonces ya lejano, constituyó orgullo de la ciudad. Pero dejemos que el viejo cronista nos relate con su prosa aquella realidad que, hoy no escuchada, entonces sí lo era.

"Casi al fondo de la calle del centro y por delante de un jardín hay una fuente de mármol de Carrara, sencilla pero elegante y de muy buen gusto artístico, que tendrá sobre el nivel del pavimento de la Alameda tres varas de altura. Se compone de depósito o receptáculo que es de forma exagonal; del primer cuerpo de figura triangular y de hermoso dibujo, sobre el que descansa una taza compuesta de tres conchas en la que se apoya un bonito grupo de tres tritones con sus cabezas ligeramente apoyadas en la concha y sus celas lanzadas al aire y entrelazadas, que forman el segundo cuerpo".

Hoy la Alameda necesita de una mano, municipal y piadosa, que la restaure debida y adecuadamente. Mucho se luchó por lograr la cesión del solar que ocupaba la Comandancia de Obras y Fortificaciones. Y, cuando el objetivo se logró, mucha más prisa se imprimió a la necesaria tarea de hacer desaparecer el edificio que frustraba unas posibilidades para Santa Cruz.

Y lo único que hasta la fecha ha logrado la ciudad ha sido un aparcamiento para automóviles y, en época de fiestas, un lugar para la instalación de atracciones que--por cierto--desentonan totalmente con el ambiente de aquella zona de Santa Cruz.

Y no puso la ciudad su voluntad en lograr un amplio solar para tales fines. Durante años luchó, no cejó en su empeño, en su voluntad decidida de obtener algo que, en sus mismas puertas, le sirviese para plasmar en mármol y bronce alguna de sus grandes gestas. Concretamente la del 15 de julio de 1797.

"La Alameda se encuentra algo abandonada". Esto escribía un periódico local allá por 1880. ¿Qué diría hoy? Autos y más autos se alinean sobre el amplio solar que espera--¿hasta cuándo?--una decisión municipal, una mano municipal que vuelva esta Alameda al "delicioso paseo de solaz y recreo" que fue antaño.